

LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS,

ADMINISTRACIÓN, ARTES, LETRAS E INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS

AÑO I

MANILA, 10 DE JULIO, DE 1888.

NÚM. 19

SUMARIO

TEXTOS:—*Crónica general*, por M. Scheidnagel;—*La Administración pública en Filipinas*, por J. de la Rosa;—*El Sargento mil demonios*, por Arturo Cotarelo;—*Otumba*, por Mariano Capdepon;—*Revista madrileña*, por Manuel Fernández Giner;—*Episodio de la guerra de la Independencia*, por Miguel A Espina;—*Literatura japonesa*, traducción;—*Mesa Revuelta*.
FOLLETIN:—*Paseos por el mundo*, por M. Scheidnagel.

CRÓNICA GENERAL

SIEMPRE que cojo la pluma para escribir la ración que me corresponda confeccionar en nuestro periódico decenal, que aseguro no pica ni blasona de representar algo superior, me pregunto, aparte de tal consideración, si aquella merece exponerse entre el *menú* de los distintos manjares que ordinariamente constituyen, el gran festín con que la prensa obsequia de continuo á los que la estiman por lo que vale.

Pienso en si se realiza la armonía que naturalmente debe de reinar en todas las cosas, si me es permitido ocupar en ese provechoso concierto el sitio de mero acompañante, ó si desafino de tal manera, que no puedan dírgerme los menos delicados de estómago, ni escucharme con paciencia los sordos.

“Cierta noche y en hora ya avanzada, un célebre gobernador de Málaga, sorprendió en la Alameda á una pareja compuesta de galán y dama, que estaban tomando el fresco; los cuales declararon que eran marido y muger.

Abrigando algun recelo de que esto no fuese cierto, llamó aparte á la dama preguntándola:

—¿Con quién ha cenado V. esta noche?

—Con mi esposo,—contestó aquella un tanto sorprendida.

—¿Y qué han cenado Vds?

—Vaca guisada con patatas, y gazpacho.

Enseguida, y dirigiéndose aparte al supuesto esposo, le dijo:

—¿Con quién ha cenado V. esta noche?

—Con mi señora.

¿Qué han cenado Vds?

—Boquerones fritos y melón.

—¡Está bien!—exclamó en voz alta.—Sólo que, como para la economía doméstica no es conveniente que el marido cene boquerones, mientras la mujer come vaca, V. se va por la derecha, y V. por la izquierda, cuidando de que otra noche no les sorprenda juntos á tales horas.”

¿Debería yó marcharme por la izquierda y dejar á la prensa que se fuera por la derecha, antes de que el sentido común nos encuentre reunidos?

Ilusiones y temores.

Sueños y sobresaltos.

Luz de la esperanza y sombras de la inteligencia.
Resumen de cómo pensamos y cómo vivimos.

Conste que para decir todo esto, no me inspira ni la modestia ni la musa, sino simplemente el deseo de manifestar lo que yo pienso.

¿Y si llegára á equivocarme?

¡Qué triunfo para mí!...

Los telegramas que durante los primeros dias del mes actual, se referían á la actitud política de Europa, reflejaban alguna tranquilidad y confianza de que la paz no se altere y continúen las grandes rivalidades tan sólo en espectación de hallarse prevenidas, para lanzar sus fuerzas allí donde cualquier eventualidad inesperada ó imprevista las reclame.

Se adivina en ellos sin embargo algo semejante á los compases de silencio en cualquier trozo de música escogida, que permiten respirar y descansar á los ejecutantes; pero que no suspenden la ansiedad de los oyentes.

Preciso es reconocer que con frecuencia esa especie de calma, es la que precisamente precede á la tempestad.

La desigualdad de los hombres y de sus distintas condiciones sociales, subsiste todavía; aunque Rousseau lllore en su tumba ó Spencer grite: ¡sacrilegos!

Otros más recientes, carecen de importancia y pueden condensarse en pocas palabras.

Que el Papa y el Czar han aprobado los preliminares de las negociaciones entre el Vaticano y Rusia, que el partido boulangérista de Francia crece y proporciona serios temores al gobierno, que la ascensión de Guillermo II al trono de Alemania, no promueve desconfianzas en Austria, donde el rompimiento de la triple alianza por cualquier causa que fuese, sería considerado como supremo conflicto para los intereses del Imperio; que Turquía se siente cada dia más débil y agoviada con las cuestiones de Bulgaria y Rumania y que en los Estados-Unidos triunfa la candidatura del general Harrison, para la presidencia de aquella poderosa República.

¡Voilà tout!, como dicen los franceses.

..

Noticias en distinto concepto, nos enteran según la prensa de la discusión científica é importante suscitada en Francia con motivo de la necesidad que existe, para modificar con arreglo á los preceptos de la higiene y natural desarrollo físico de los niños, el régimen de los establecimientos de enseñanza; disminuyendo las horas del estudio y aumentando las que se dedican al ejercicio y recreo, cual lo requiere la

salud durante el período de la niñez. Este interesante beneficio, ha sido apoyado con multitud de sólidas razones por la reputada Academia de Medicina de París.

El cerebro humano tiene sus proporciones, y creemos nosotros desde el punto de vista de la filosofía común, que con respecto á aquellas, el trabajo intelectual, debe ser siempre relativo.

Cuando el número de atmósferas que se condensan en el recipiente mejor construido es excesivo, entonces estalla y el contenido se disipa y se pierde.

Tan simpática idea, bueno será recordar que no necesita ejemplo ni yace olvidada en España, donde hace poco tiempo que el eminente doctor don Nicasio Mariscal, publicó una obra laureada por la Sociedad de higiene, que nadie ha podido leer sin sentir legítimo entusiasmo y cuya valía revela su sola enunciación, que dice así:

Medios de evitar los perniciosos efectos que producen en el órgano visual, las malas condiciones de las escuelas y los métodos de enseñanza.

En Irlanda se han recrudecido los antagonismos religiosos, dando motivo á la celebración de numerosos *meetings*, en algunos de los cuales ha reinado gran escándalo y tumulto.

El emperador del Brasil residente hoy en París se encuentra muy agravado en su dolencia y se desconfía de su salvación.

También los monarcas se mueren.

Y no es eso lo peor, sino que el problema del alma, puede preocuparles en esos instantes solemnes, lo mismo que á cualquier otro hijo de vecino.

El correo directo de España llegó el día 4 del actual, trayendo de nuevo á estas alejadas playas, al distinguido é ilustrado ingeniero D. Sebastian Vidal, respetable amigo nuestro á quien enviamos el más sincero parabien.

Según los periódicos, la atención de todo el mundo continua fija en la gran Exposición de Barcelona, donde la concurrencia de Príncipes y Escuadras extranjeras, ha dado lugar á la ejecución y celebración de actos que formarán época en la historia de España; cuya grandeza reconocen otras Naciones, por desgracia mejor que nosotros mismos. Y es que el inteligente pueblo español, cuyo talento natural forma una excepción honrosa, suele adormecerse; más siempre que despierta, se muestra gigante, sorprendiendo y asombrando.

La sencillez y bondad con que se ha presentado la Reina y el indiscutible talento de Sagasta, que hasta habló en catalán, conmovieron las fibras acoradas de los valientes hijos de los Almogavares; produciendo verdadero frenesi, ó *chifladura*, como decimos en esta tierra.

Banquetes en la ciudad y en los buques de las diferentes escuadras, recepciones, bailes, conciertos mónicos, óperas en que ha cantado Gyarre y dirigido Pioula, juegos florales donde el arte brilló con intensidad, grandiosas retretas y revistas militares, dádivas esplendidas de S. M., bailes y cuanto puedan imaginarse nuestros lectores adecuado á las circunstancias, todo se ha verificado en la hermosa ciudad de los Condes.—¡Bendito sea Barcelona, que con los adelantos de la civilización, remueve el sentimiento y orgullo pátrio!

La ausencia de algunos ministros, y la discusión de presupuestos en la cámara de Diputados, eran causa de que la política en Madrid se hallase paralizada, en la fecha á que hacemos referencia.

Mas tarde se hicieron sentir sus efectos con la crisis ministerial que ya conocemos y que nos transmitió ese mágico hilo de Franklin, que hoy nos es tan útil y tan necesario.

Yo y el plagiario de Clarin, se titula el último folleto de *Bonafoux* en que continua la lucha literaria entablada entre ambos críticos y cuya edición há sido agotada en pocos días. Guardareme bien de emitir juicio propio sobre esos señores, cuyo talento envidia, sin medir la cantidad que cada uno tenga; pero si diré que leo todo cuanto escriben y que ambos me deleitan. *Clarin*, como lo dice la palabra, es pistonudo, y *Aramis* que es el *pseudónimo* del otro, yá lo dijo Alejandro Dumas en los "Tres Mosqueteros." Há sido muy notable la conferencia que dió en el Centro militar, el Sr. Don Benito de la Riva, concerniente al aparato telégrafo-electro naval, que ha inventado y que proporciona grandes ventajas en su aplicación á los buques.

El mencionado señor de la Riva, ha obtenido la satisfacción muy merecida, de que el año pasado S. M. la Reina Regente le concediera una subvención, y ahora el Gobierno há decretado la colocación de su utilísimo *aparato* en los barcos de nuestra Armada.

¿En este momento se me ocurre, que si bien en el Archipiélago estamos la mar de gente que frenológicamente hablando no nos falta el órgano ad-hoc para el objeto, cual será la causa de que aquí nadie inventa nada? Porsupuesto que no hablo de inventar bolas, porque eso....., se han inventado hasta de oficio, que es la esencia del colmo.

El día 4 del actual ha aparecido en Manila un nuevo periódico diario titulado *La voz de España*, que dirige nuestro querido amigo y distinguido colaborador don Carlos Gimenez de Quirós.

Deseamos al colega mucha prosperidad, y agradecemos la cita inmerecida que hace de la ESPAÑA ORIENTAL, su generosa Redacción.

La compañía de ópera ha terminado el segundo abonó de la temporada, con la preciosa partitura *Linda di Chamounix* del célebre maestro Donizetti; habiendo los artistas cumplido en general como buenos, si bien haciéndose notar en el conjunto varios defectos de importancia que ha sabido poner perfectamente de manifiesto, el inteligente crítico musical señor Camps, en su revista de nuestro estimado colega *El Comercio*.

Parece que allá por Octubre ó Noviembre nos volverá á traer el señor Branca, una compañía lírica que ha de satisfacer cumplidamente todos los gustos y justas exigencias.

¡Vedremol!

Cartas y algún periódico de Hongkong, anunciaron que la epidemia cólera había comenzado á hacer de las suyas, entre los habitantes de aquella Colonia, con la cual mantiene Manila frecuente comunicación. El Cónsul desmintió la noticia; pero nuestras dignas Autoridades y la Junta de Sanidad, pensando con laudable acierto, impusieron tres días de observación á los buques de aquella procedencia.

Confirmada después la existencia de la epidémica con carácter mas ó menos grave, el día 7 del actual se declaró sucio el puerto de Hong-kong, y disponiendo 10 días de cuarentena á las procedencias de dicho puerto.

Aplaudimos la humanitaria medida, como la aplau-

den todos los amantas del *número uno*, que no son pocos.

El Excmo. Sr. Gobernador general de las Islas, ha decretado que los funcionarios de Administración civil y de Hacienda, que estén en distinto destino de aquél para el cual fueron nombrados, vuelvan inmediatamente á sus puestos de Real orden, sin excusa ni excepción.

Eso es lo lógico señores, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

El que tenga que abandonar á la novia, que la escriba con mucha frecuencia y se lo agradecerán los estanquilleros y los carteros.

Felicitemos á don Manuel M. Rincon, ingenioso y discreto redactor del *Diario de Manila* por su merecido ascenso con destino á la Secretaría del Gobierno general.

—¡Que talento tiene mi fámulo!

—¿Cuál amigo mio?

—Pues el imponderable *Goyo*.

Figúrese V. que para reirme de él y segurísimo de que no acertaría, le pregunté, quienes eran los que en el país, se apropiaban más privilegios, sin que nadie se los hubiera concedido.

—Y que contestó?

—Que los *Coches express*.

—(Cayendo de espaldas) ¡¡Admirable!!

MANUEL SCHEIDNAGEL.

LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN FILIPINAS

En el artículo anterior lo hemos dicho. Era en 1846 cuando se advirtió que los fondos locales no eran de la misma naturaleza y fin que los de la Hacienda pública, y que era necesario esperarlos de la parte económica del Estado en donde radicaban, para su aumento y prosperidad.

Así se verificó, creando al lado de la Administración del Estado la de los pueblos, considerándola dividida en central, provincial y municipal. Al efecto, cuantos antecedentes tenía la Intendencia de Hacienda pasaron al Gobierno superior, jefe de la Administración central, que funcionaba con los centros creados y revestidos de acción y autoridad, para que pudiesen dar vida á la gestión de estos fondos, sin debilitar por eso el poder del Gobierno superior, sino antes bien conservándole íntegro en todo aquello que es esencial de las funciones de gobierno, porque solo las funciones administrativas fueron conferidas á los centros dependientes del mismo.

Como medio de conocer por la naturaleza de los ramos locales, que estos necesitaban autorización y cuales solo dirección, para fijar un perfecto deslinde de atribuciones, la Real orden de 30 de agosto de 1858 señaló como obligación, á la Dirección de Administración local, que aumentara las bases y fuentes de las contribuciones y servicios locales que allá en la antigüedad se establecieron; los medios de administración; qué bienes constituyen los Propios; su clasificación, sus rendimientos; que estudiara en conjunto la hacienda local de donde iban á partir las reformas, así en lo gubernativo como en lo administrativo y de contabilidad, que la recaudación cuenta y custodia de fondos fuera con la debida intervención en cada pueblo; que se sujetaran todos los ingresos y pagos á presupuestos generales; que se ordenaran los pagos con arreglo á los créditos presupuestos; y en una palabra que tuviera la dirección de la gestión de los ramos locales y que rindieran cuentas al tribunal de las mismas, consultando á la Administración superior cuantas mejoras y reformas aconseja el

adelanto y prosperidad de los ramos y servicios á su cuidado.

El decreto de 18 de abril de 1874 cambió la denominación de la Administración local por la de Administración civil, que asumió el conjunto de atribuciones peculiares á los asuntos que conocía la administración local, agregándola el ramo de estadística, y además el despacho de los asuntos que tenía la Secretaría del Gobierno superior, á excepción de lo concerniente á política en general, Gracia y Justicia, Patronato y Orden público, segun el decreto de 1.º de julio de 1874.

La Real orden núm. 190 de 30 de agosto de 1858 y la núm. 370 de 28 de abril de 1884 confieren al Gobernador general la Superintendencia de los ramos locales con todas sus facultades en la gestión de los mismos.

La Real orden núm. 187 de 30 de agosto de 1858 confirió á la Dirección de Administración local el encargo de dirigir la administración de los ramos de Comunidad, Propios y Arbitrios de los pueblos; facultades que la Real orden de 28 de abril de 1884 quiere se entienda que las tiene la Dirección civil, por delegación de la autoridad del Gobernador general.

Por esto, el Gobierno en su decreto de 9 de setiembre de 1874, aprobado por Real orden de 3 de Marzo de 1875, ha conferido á la Dirección general de Administración civil la gestión inmediata y dirección de todos los ramos locales y los que señala el decreto de 1.º de julio de 1874 que dejamos apuntado y quiere los tenga con jurisdicción propia, y que causen estado, segun el artículo 12 del decreto de 9 de setiembre de 1874, sino han sido reformados por la autoridad del Gobernador, siendo apelables ante el Ministerio de Ultramar ó ante el Consejo de Administración, si la materia y el carácter del asunto permiten la vía contenciosa.

La Dirección de Administración civil tramita y prepara los expedientes que son de la autorización del Gobernador general y acuerda personalmente su jefe, con dicha autoridad, las resoluciones definitivas que hayan de darse cuenta al gobierno de S. M., art. 2.º del decreto de 9 de setiembre de 1874 y disposición 4.ª de la Real orden de 30 de agosto de 1858, la de todos los asuntos en que haya sido necesario oír á los cuerpos consultivos, artículo 2.º del decreto de 9 de setiembre de 1874 y disposición 2.ª de la Real orden de 30 de agosto de 1858, la de ogación ó modificación de las disposiciones vigentes, decreto de 9 de setiembre de 1874 y disposición 5.ª de la Real orden de 30 de agosto de 1858, la aprobación de los individuos que han de componer el Ayuntamiento de Manila y acta de elecciones de Gobernadorcillos, su nombramiento y títulos, decreto de 9 de setiembre de 1874, y segun este decreto, las licencias para construcción de buques, la designación del número de hombres de la reserva, los decretos de creación y traslación de pueblos y nombres de estos, el discenso paterno, la autorización de gastos y créditos presupuestos, y los nombramientos de empleados.

Las resoluciones que recaigan en estos asuntos se comunican y cumplen por la Dirección civil que sostiene relaciones en todas las oficinas iguales en categoría é inferiores, y con todos los particulares interesados en los asuntos en que entiende.

Los Jefes de las secciones de este centro, así como los de Comunicaciones, Obras públicas, Montes y Dirección de sanidad, acuerdan con el Director los asuntos que este haya de resolver ó los que necesiten autorización superior, segun las leyes de cada ramo.

El Director nombra el personal subalterno de sus dependencias en la central y provincias, expide los títulos de maestros de instrucción primaria, segun decreto de 9 de setiembre de 1874, concede licencia de radicación de chinos, decreto de 12 de octubre de 1864, traslada al Tribunal de Cuentas las órdenes de pagos que acuerde el Gobernador general, Real orden de 9 de octubre de 1876; entiende en todo lo relativo á con-

cesión y uso de marcas en los productos de Artes, Industrias, Agricultura y Comercio; preparando los expedientes de concesión para el acuerdo del Gobernador general y llevando un registro de las mismas; lleva los índices de los Registros de Comercio con arreglo á la Real orden de 31 de julio de 1865; entiende en la concesión y garantía de las casas de Empeños y Martillos; en las subastas y servicios de sus ramos; decreta el deslinde de terrenos públicos según instrucción aprobada por Real orden de 15 de abril de 1879, y es de su competencia el despacho de los expedientes de colonias agrícolas, sin que la Inspección general de Móntes tenga en ello más intervención que la facultativa. Real orden de 25 de marzo de 1888.

Tiene los servicios de las cárceles, alumbrados, cementerios, esterminio de animales, obras públicas, como caminos, puentes, etc., beneficencia y sanidad, hospitales, hospicio, tercios civiles, atiende á la agricultura, industria y comercio, instrucción pública, asilo de huérfanos, con la escuela de artes y oficios, calamidades públicas que socorre; ferro-carriles que subvenciona, servicio meteorológico que atiende y todo lo que sea bien-estar, mejora, manejo y cuidado de los intereses de los pueblos.

Para ello cuenta con recursos de los Propios y Arbitrios de los mismos, que dan rendimientos, como fincas, canon de terrenos en arrendamiento, camarines de depósito, cicales, nipales, cortes de leña ó manglares, pastos de ganado y otros.

Entre los arbitrios, tiene el impuesto provincial, el sello y resello de pesas y medidas, los mercados públicos, la matanza y limpieza de réses, carreras de caballos, pesquerías, cantina de cárceles, documentos ó credenciales de propiedad de ganados y su transferencia, matrícula de la enseñanza, vadeos y portazgos, billares, impuesto de carruajes, carros y caballos, encierro de animales y otros ingresos eventuales.

Recibe también del presupuesto del Estado el diez por ciento de cédulas personales y otros impuestos, y el 90 por 100 del producto de las multas municipales.

La forma como todos los ramos locales figuraban en el presupuesto, mereció censuras del Consejo de Administración en 1872 ó 1873, por falta de atinada clasificación, falta que parece se regulariza ahora, y lo solicita el Ayuntamiento de Manila.

Al dividirse la Administración local en central, provincial y municipal, y disponerse por Real orden de 1858 que la Dirección local estudiara las fuentes de las contribuciones y el origen de los servicios, era precisamente para atender al mejor deslinde de necesidades y recursos de cada pueblo y agrupación, y darles el impulso conveniente, ordenando la acción administrativa para que sea eficaz.

El pueblo, unidad primaria administrativa tiene existencia propia, medios y atenciones que no se confunden con otros pueblos, ni con los de la provincia. En la circunscripción de cada pueblo se halla en grande ó pequeña extensión, el municipio.

La provincia es conjunto de pueblos, representa el lazo que une los intereses de todos, lo que no es limitadamente municipal. Toma los sobrantes de los pueblos para sus atenciones.

La central sirve para sostener la unidad en la administración y toma los sobrantes de las provincias y los recursos especiales que le están señalados con el carácter de general.

Su Contaduría, fiscaliza é interviene en todos los actos de gestión, custodia las escrituras de arriendo, lleva la contabilidad asimilándola en lo posible á las reglas de la Hacienda pública, produce los hechos contables de la dependencia y rinde cuentas al Tribunal con arreglo á las Reales órdenes de 30 de agosto de 1858, 22 de septiembre de 1877 y 28 de abril de 1884.

El Ordenador de Pagos, dice la Real orden de 28 de abril de 1884, es uno de los agentes administrativos al cual corresponde el reconocimiento, liquidación y

mandato de pago de las obligaciones provinciales y municipales, expide libramientos, la formación de presupuestos de gastos, el pedido de fondos, la contabilidad de gastos públicos y la rendición de esta cuenta y la de presupuestos.

El Tesorero es el mismo que sirve la Tesorería general de Hacienda pública, el cual custodia los fondos locales sin responsabilidad en la inversión de ellos, que es propia ó corresponde al Ordenador de pagos de la Dirección, según declara el art 11 de la Real orden núm. 187 de 30 de agosto de 1858.

Expuestos así los hechos y organización de la parte local, fácilmente puede comprenderse la existencia de la Dirección general de Administración civil, su régimen, normalidad y como ejercita sus importantes potestades, sin que pueda separarse de los principios administrativos y leyes que aquí se publiquen.

J. DE LA ROSA.

EL SARGENTO MIL DEMONIOS

No había en el regimiento quien le aguantase; ni en paz ni en guerra se identificaba un solo momento con la menor disculpa del inferior, tratándose de asuntos del servicio; su honradez, su misma inflexibilidad de principios, su bravura en el campo de batalla, le *elevaron*, no obstante su falta de instrucción, al empleo de Sargento primero, desde el peldaño á flor de tierra de la escala militar, es decir, desde que la partida receptora lo tomó á su cargo, como quinto, en el alto Aragón.

Aprendió á leer, aprendió á escribir, y aprendió, sobre todo á figurar cual modelo inimitable de fidelísimo soldado, encariñándose tanto con el regimiento donde pasó la primera revista, que muy pronto hubo de dar marcada preferencia al severo trato de aquel mismo cuerpo, con detrimento de muy dulces recuerdos del hogar doméstico.

Para él la costumbre fué ley avasalladora, el cumplimiento del deber estrecha religión, la vida de cuartel el *desideratum* de su natural sencillez. Pero á la par que el soldado modelo se creaba, el carácter del hombre sufría hondas transformaciones; coincidiendo con sus ascensos á cabo segundo, á primero y á sargento, aumentaban los escrúpulos del buen aragonés en materia de inflexibilidad militar, de tal modo, que solía ver en cuestiones nimias de puro detalle, graves atentados á la ineludible disciplina.

Murieron sus padres; se duplicó, merced á esta triste circunstancia su amor profundo al regimiento, y al cabo de doce años de excelentes servicios, de algunas heridas en campaña y de un celo militar que ya rayaba en la exageración, obtuvo el empleo de Sargento primero, recibiendo ingenuo pésame la compañía donde cayó en suerte, la nueva parodia de la diosa Themis con fusil y listas de Ordenanza.

Sus enérgicas y continuas reprensiones, iban siempre adornadas de una frase favorita; la de *¡mil demonios!* Y los soldados, grandes maestros por lo regular en la aplicación de apodos, llamaron Sargento *mil demonios* al que creían verdaderamente émulo de Satanás, desprovisto de toda bondad, inclinado en absoluto á realizar el mal, encubriendo su índole aviesa, con el manto de las obligaciones militares...

Al frente de un destacamento de doce hombres llegó á cierto pueblo de la provincia de Cáceres, el Sargento *mil demonios*.

El total de individuos sentía perfecto malestar ante la idea de que durante varios meses, quedaba bajo *la dulce autoridad* de aquel intratable soldado.

Entre dichos individuos figuraba uno, cuya buena conducta y amor al servicio eran prendas de carácter muy conocidas por todo el regimiento. José Sanchez se lla-

maba; nació en Extremadura, y precisamente el pueblo de su naturaleza distaba tres leguas del destacamento.

Un día se presentó José Sánchez al Jefe del puesto, y le dijo con voz conmovida: "Mi primero, se encuentra muy enferma mi pobre madre, según noticias de mi familia. ¿Me permite V. ir á darla un abrazo?"

No, no, ¡mil demonios! Yo no he recibido orden ninguna de conceder licencias; antes que nada la disciplina. ¿Entiende V.?"

—Mi primero... una gracia especial, un favor inmenso...

—¡Basta! replicó con adusto ceño el Sargento; en la milicia *no hay favores*. Cuide V. en lo sucesivo de pedir cosas justas.

El soldado, enjugándose una lágrima que surcaba su mejilla, saludó militarmente, dió medie vuelta y desapareció.

Al pasar la lista de la tarde en el siguiente día faltaba el José Sánchez; *Mil demonios* redactó inmediatamente el parte dando cuenta de lo que ocurría.

Su enojo era grande; juraba y perjuraba que el subordinado pagaría á precio muy alto, delito tan enorme.

Cuando terminaba la lista de la mañana, después de aquella noche fatal para el inflexible Sargento, entró el soldado Sánchez, pálido, ojeroso, cubierto de polvo y apretando con mano convulsa un tosco medallón en el que podía distinguirse el retrato de una mujer de edad provecta.

—¿De dónde viene Vd.?—le dijo con irritado acento su superior gerárquico.

—De ver morir á mi madre, contestó tristemente el soldado.

—Ha cometido V. una falta gravísima... abandono de puesto... desobediencia á los superiores... aquí está el parte. Yo no transijo nunca.

—Lo sé, mi primero: por eso vengo á que recaiga

sobre el culpable todo el peso de la ley, después de haber abrazado moribunda y también muerta á una madre que me quería con delirio... Mi primero, cuando le pedí permiso y me lo negó, de buena gana le hubiera preguntado: "¿No ha tenido V. madre?"

—¡Mil demonios! replicó el veterano, algo conmovido, casi creo que lleva razón, pero el servicio no admite nada; aquí se ahorcan los sentimientos.

—Efectivamente se ahorcan, mi primero; pero cuando la necesidad no obliga al sacrificio, también puede convertir la intrasigencia á un buen soldado en un culpable.

—¡Nada! ¡nada! Este muchacho hablando poco y bien me va convenciendo; no sé lo que me pasa... ¿Pues no me parece sentir humedad en los ojos?...

Acto seguido de pronunciar estas palabras el Sargento duro, incapaz de hacer un favor, desprovisto de corazón, según pregonaba la fama, rompió el parte delante de sus subordinados, y le dijo á Sánchez:—Vaya V. á consolar á su familia y á enterrar á su pobre madre; ocho días puede V. estar allí bajo mi responsabilidad.

Y luego, haciendo muecas para que nadie conociese que se le saltaban las lágrimas, se retiró precipitadamente, murmurando estas hermosas frases:—"¡Dios manda que siempre se favorezca la desgracia!"

ARTURO COTARELO.

8 Julio 1820.

OTUMBA

ANTEAYER hizo 368 años que habiendo emprendido el intrépido y esforzado Hernán Cortés la retirada de la capital de México, se encontró ocupado el valle de Otumba por 40.000 indios que le cerraban el paso.

Hacia el mediodía empezamos á distinguir perfectamente el objeto de nuestra curiosidad que, como puede suponerse, es siempre muy grande en aquel prolongado aislamiento. Era una fragata francesa.

El telégrafo de banderas, pronto empezó á maniobrar entre ambos buques, y después del saludo de costumbre, preguntó si éramos neutrales; pues como podrá recordarse, corría la época de la campaña franco-prusiana. Se le contestó afirmativamente, y volvió á interrogar acerca de si la guerra había terminado; á lo cual se le contestó de nuevo que sí, pero que en Francia había comenzado después la guerra civil. Esto último debió llamar mucho la atención del capitán, pues nos pidió inmediatamente si queríamos ponernos *at habla*, á lo que se accedió, ejecutando seguidamente las maniobras precisas.

Cuando las dos fragatas se hallaron muy cerca una de otra, la francesa echó un bote al agua, en el que se embarcaron seis ó siete personas. Aquello nos produjo una verdadera emoción de alegría, porque comprendimos que íbamos á recibir una visita á bordo y esto era un acontecimiento muy notable.

Todos nos dispusimos á recibir dignamente á los franceses, haciendo preparativos propios del caso, y nombrándome el capitán su intérprete, cargo que acepté con verdadero orgullo, siquiera por ser útil para algo, en donde constituía un completo cero á la izquierda.

Aún no habrían trascurrido veinte minutos,

cuando ya estrechábamos la mano del capitán de la *Gloire*, nombre de su buque; y el nuestro, el Seguado, Eduardo, otros y yo, nos trasladamos á la cámara, donde hicimos todos los esfuerzos posibles para obsequiar á nuestro digno huésped.

Allí se sostuvo conversación grata y animada hasta cerca de la noche. Supimos que venía de Buenos Aires, que se dirigía á Inglaterra con cargamento de lana, cuya dirección nos permitía volver á saludar nuestras familias por un nuevo correa inesperado. Hablóse largamente de la guerra, de cuyo desastroso resultado culpaba, no sin razón el francés á Napoleon III; de la marina, de su viaje, del nuestro, etc., y después de haber brindado él galantemente por nuestra querida España, y yo, en nombre de todos, por la paz y futura prosperidad de Francia, se retiró á bordo de su fragata. saludaron las banderas, y muy pronto el viento y la noche, se encargaron de poner fin á tan imprevisto acontecimiento.

Al romper el día de la mañana siguiente, nos hallábamos ya muy lejos los unos de los otros.

Si se hubiera guardado á bordo un poco más de consideración, con el apetito que naturalmente despierta el aire saludable del mar, nuestro viaje se presentaba acariciado por la fortuna.

El hombre piensa poco en los azares del porvenir, cuando el presente le brinda encantos que su supone no deben concluir jamás.

Los sucesos que sobrevinieron despues, constatarán por mí.

He aquí como describe la historia de Lafuente este apurado trance y memorable hecho de armas.

“Vencer ó morir es su resolución; arenga á sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservación sabe que cifran los mexicanos el símbolo de la suerte del imperio; rodease de sus más intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla á los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mexicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven, huyen despavoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botín y sus tesoros y se va á descansar á la ciudad amiga de Hascala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba.”

Nuestro amigo el coronel de E. M. D. Mariano Capdepon, ha descrito con gran exactitud aquellos acontecimientos en la siguiente composición:

OTUMBA

I

La Retirada.

¡Miradles! ya se retiran, Se retiran peleando, Y peleando y venciendo, ¡Españoles esforzados! Como atraviesa las nubes Caliginosas el rayo, Entre nubes de enemigos Con su espada ábrense paso. Ellos son los vencedores En Choluca y en Tabasco, Los que de Jicotencal El orgullo domeñaron. Los que quemando las naves Que fueran su único amparo,	La esperanza de la vida En la victoria cifraron. Los que en alas de su audacia Y en su valor confiados, Llegaron hasta la corte Del imperio mejicano. Los que al grande Motezuma Se atrevieron temerarios, Y en su propio alojamiento Tuviéronle aprisionado. Allí van Andrea de Tapia Y el atrevido Gonzalo, Que de Sandoval ilustra El apellido de preclaro.
---	---

Allí Cristóbal de Olid,
El experto Maestre Campo,
Allí Bernardino Vazquez.
Dávila, Lugo, Alvarado.
Y Diego de Ordaz famoso,
El que un volcan contemplando,
Se asomó á su hirvierta sima
Ageno el pecho de espanto.
Hernán Cortés allí va,
El ginete más bizarro.
El capitán más prudente
El más valiente soldado.
Y también Doña Marina,
La que adora á aquel cristiano
Que del amor y la fé
Los misterios le ha enseñado.
Allí van los Trascaltecas,
Esos fieles aliados,
Que al ejército español
Nunca, nunca abandonaron.

Miradles; Dios ha querido
En la adversidad probarlos,
Y la adversidad tampoco
Logró quebrantar su ánimo.
Que con la fe en sus banderas
Y con la espada en la mano,
Espiran sin abatirse
Los españoles soldados.
Miradles; ya se retiraa,
*Como se retira el brazo
Para secundar el golpe
Con nueva furia impulsado.* (1)
Como el tigre se recoge
Para dar mayor el asalto,
Y abalanzarse á su presa
Que imprudente le ha retado.
Miradles: ya se retiran
Los guerreros castellanos,
Nuevos soles que á otros mundos
La luz de la fe llevaron.

II

Angustia.

La noche rasga su manto, La mañana ya despunta, Y marchan los españoles Con las espadas desnudas. Dó nube de buitres Carnívoros que circunda La víctima ya espirante, Que ha de quedar insepulta: Los indios por todas partes Con alegría confusa, El ejército rodean, Y su destrucción anuncian. Mas ante los españoles Huyen las salvajes turbas, Como al impulso del viento De Otoño, las hojas mustias.	Irónicas amenazas Con gozo feroz pronuncian, Y al escucharlas, la bella Doña Marina se turba. Y Hernán-Cortés, cual piloto Que desesperado lucha Con los vientos y las olas Que en su muerte se conjuran. Y con semblante sereno, Dentro de su pecho oculta Los temores que le asaltan, Las esperanzas y dudas: Con faz risueña camina, De aquellos gritos se burla, Y al frente de sus soldados De un monte sube á la altura.
--	---

(1) *Solis, conquista de Méjico.*

El buén tiempo aún continuaba é infundia en todos los pasajeros, la confianza y alegría que antes indiqué,

Las noches eran sobre todo deliciosas, y tanto mi buen amigo Eduardo como yo, permaneciamos sobre la cubierta hasta muy tarde.

En aquellas regiones nos extasiábamos en la contemplación.

Allí, la encantadora luz de la luna goza de más brillo. Vénus vierte sus rayos más puros, las estrellas centellean con más intensidad, la Via-láctea es más blanca y diáfana, y la divina é inmensa bóveda del cielo, se presenta más pura y más azul.

¡Cómo en aquel espacio sin fin, se siente la sabia y poderosa mano del Hacedor!

¡Ah! ¡Que nunca se desate el lazo espiritual, pero sensible, que une á Dios con el hombre.

¿Quién osaría negar su omnipotencia, encerrado en aquella frágil barquilla que se lanza entre los poderosos elementos de la naturaleza?

Nadie; porque Dios reside siempre en el pensamiento de quién lo reconozco y de quién lo niega; idea cuya formaeión depende del don de pensar y comparar.

¿El ateo con qué constituye la negación de Dios?

Con un vacío que ni explica ni comprende.

Construir sin cimientos; verdaderos castillos en el aire.

¿Cómo es posible no reconocer la sublime armonía que preside y regulariza el movimiento general de cuanto abarca el Universo?

mordido por una enorme *tintorera*, nombre que se aplica á la hembra del tiburón, generalmente de mayores dimensiones que éste, y mucho más voraz. Cuando la maroma del anzuelo la habia subido cerca de la superficie del mar, hubo necesidad de arrojar un segundo calabrote para enlazarla por el cuerpo, pues su terrible fuerza, una vez fuera del agua, hubiera hecho pedazos la primera. Conseguido el objeto empezó la ascensión *cobrando* 20 ó 30 hombres, que consiguieron atraerla hasta caer sobre la cubierta, dando las más violentas sacudidas y horribles coletazos, que nos imponian de veras y hacian retroceder á los tímidos. Acto seguido se introdujo por su enorme boca un *espeque*, el cual tronchó én dos partes; pero los hachazos, golpes y lanzadas la remataron por fin, no sin haber luchado cerca de media hora. Despues se la hizo pedazos, seperando la cabeza, que por sí sola pesó más de dos arrobas. Toda ella midió próximamente 10 varas de largo, y en el centro sobre unos cinco piés de anchura. El corazon, puesto en un plato, conservó movimiento vital de 15 á 16 horas y la mandíbula, que Eduardo reunió á las cinco ó seis que ya poseía, se componía de siete filas de agudísimos dientes.

En aquel mismo día, y poco tiempo despues de la pesca del tiberon, se oyó la voz de *buque á estribor*.

La vista experimentada del contra maestre habia divisado un punto negro á larguísima distancia que yo apenas pude percibir con el *catalejo* en los primeros momentos.

La tierna Doña Marina,
La que le salvó en Cholula
La tórtola enamorada
Que entre leones arrulla,
Con acento temeroso,
Con faz que el dolor conturba,
Dice á Cortés:—"Esas voces,
"Nuevos peligros te auguran.
"Bien sé que en tu pecho heroico
"El pavor no ha entrado nunca,
"Amado Hernando, mas teme,
"Del mexicano la astucia."

¿Qué dicen?

—*Marchad, tiranos,*

*Marchad con planta se yura,
Que bien pronto encontrareis
Horrible muerte sin tumba,
Como á celeste enviado
Cortés á Marina escucha,
Y entre sus brazos la estrecha
Con amorosa ternura
Y sus soldados apresta
Para la tremenda lucha.
Cual se prepara el marino
Si los huracanes zumban.
Y al trasponer la montaña
Contempla con honda angustia
De innumerables guerreros
Cubierto el valle de Otumba.*

III

La Batalla.

Cual desde roca escarpada
A cuyo pie el mar se estrella
La inmensidad se divisa
De las olas turbulentas;
Cortés desde la montaña
Con mudo asombro contempla
De bárbaros enemigos
La muchedumbre que aterra:
Y á sus soldados volviéndose
Con voz que el pavor no altera
Antes infunde ardimiento,
De este modo los arenga.
"Llegó el caso de morir
O vencer en la pelea;
Dios combate con nosotros,
La victoria será cierta,
"Innumerables guerreros
En el valle se presentan,
Mas soldados españoles
Sus enemigos no cuentan.
"Ved; si infinito es su número,
Nuestro valor le supera;

*Que un solo huracán arrastra
Innumerables arenas.
"Puesta en Dios la confianza,
Las espadas en las diestras
Vamos á vencer gritando:
¡Santiago! ¡España cierra!
Y al grito tradicional
Que en Covadonga se oyera,
Y en las Navas y el Salado,
Y de Granada en la Vega;
El ejército español,
Torrente que se despeña
Impetuoso irresistible,
Al mejicano se acerca.
Y nubla el sol una nube
De voladoras saetas,
Y responden al ataque
Los arcabuces que truenan.
Y avanzan los españoles,
Y avanzan los Trascaltecas,
Valerosos á su lado,
De aquellos soles planetas.*

Los intrépidos ginetes
A los costados pelean,
Y detienen á los indios,
Que rodearlos intentan.
Y renuévase el combate,
Y la furia se acrecienta,
Y callan los arcabuces,
Y va se arrojan las flechas.
Y las espadas y picas
Hacen la lid más sangrienta
Y á los gritos de furor
Gritos de muerte se mezclan.
Y los cristianos avanzan,
Y los infieles no cejan,
Y si perece un guerrero,
Diez á vengarle se aprestan.
Y los españoles matan.
Y el enemigo se aumenta,
Que con sangre fecundada
Brotan enemigos la tierra.
Y en torno de los cristianos
Se agolpan y se atropellan
Como las olas furiosas
En las mares turbulentas.
En hombros de sus soldados,
Entre las filas espesas
De los indios, su caudillo,
Arrogante se presenta.
Alzado el pendón real,
A los mexicanos muestra
De cien victorias pasadas
Sagrado y glorioso emblema.
Los infieles arremeten
Al ver la gloriosa enseña,
Y cansados de matar
Los españoles ya cejan.
Y Hernán-Cortés se detiene
Y germina lucha interna
En su pecho, solamente
Morir con honra le resta.

Pero un rayo de esperanza
En su corazón penetra,
Como la luz de la aurora
Que disipa las tenebras.
La inspiración de los cielos
En su frente se refleja,
Aliéntale la esperanza,
La sangre hierve en sus venas.
Recuerda que los salvajes
El régio pendón veneran,
Y se dispersan confusas
Si el enemigo lo apresa.
En él la victoria estriba;
Se dispone á la árdua empresa;
O muerte honrosa en el campo,
O gloria imperecedera.
Clava en el cielo sus ojos
En su corcel las espuelas,
Blande su lanza mortífera,
Y á morir ó vencer vuela.
Siguenle los capitanes
Que de valientes se precian,
Alvarado, Sandoval
Dávila y Olid; penetran
En las huestes mexicanas,
Que atónitas les contemplan,
Y hieren, matan, destrozan,
Y hasta el estandarte llegan.
Y los nobles mexicanos
Se agrupan en su defensa,
Y los nobles españoles
En su muerte se ensangrientan.
Y Hernán-Cortés al caudillo
Su lanza terrible asesta,
Y el corazón le divide,
Y rueda el pendón por tierra,
Y del dorado pendón
Un soldado se apodera, (1)
Y al valeroso Cortés
Humildemente lo entrega.

(1) Llamábase Juan de Salamanca.

será otra cosa—exclamaba el capitán Navarro.
Por mi parte empecé á sentir verdadero rencor á ese Cabo, que sólo servía para cometer desatentados y asustar á la gente.

Observando, cual era nuestra costumbre invariable, el mar, y buscando siempre con la vista algo que á través de aquella masa líquida indicase vida ó movimiento, habíamos ya contemplado diferentes veces, y cerca del barco, esas fieras del Océano que se llaman tiburones.

Un hermano de mi amigo Eduardo fué víctima de ellos, en la bahía de la Habana.

Calculen ustedes el cariño que tendría á tales animalitos. Así es que, al saber que cruzábamos una región propia de ellos y donde tanto abundaban, sin temor al sol y sus funestos resultados, se le veía siempre sentado sobre la barandilla de popa, sujetando entre sus manes una fuerte cuerda que se hallaba amarrada por un extremo al barco, y que en el otro tenía puesto el cebo propio para el tiburón, ó sea un pedazo de tocino de tres ó cuatro libras enganchado en un enorme anzuelo de hierro. Este anzuelo, sin embargo de su dimensión y fuerza, lo rompe muchas veces el tiburón entre sus afilados dientes.

El tenaz empeño de mi querido amigo, dió resultado positivo.

Inmediatamente que oíamos la voz de ¡cogido! acudían los marineros á ayudarle y todos á presenciar aquella terrible pesca, que así podía llamarse.

En una de aquellas ocasiones, el cebo fué

Que no se me tache de presuncioso, al verter aquí frases semejantes á las anteriores.

El reconomiento en peor ó mejor forma, de la verdad que se desprende en la esperanza del porvenir, jamás ocupa lugar.

Las definiciones de cuanto pertenece al alma, no es propiedad de los sabios, sino de todos los corazones.

El peligro de los mares cuando se navega, desconcierta la sabiduría humana.

La luz de la filosofía, brilla mucho ménos.

La existencia de Dios se refleja en la partícula más insignificante de la naturaleza que lo pregona.

Los que niegan á Dios, ocultan, á no dudar, el terror que quizá les inspira su justicia.

¡Oh! En aquellas plácidas y hermosas noches de los trópicos, brotaban pensamientos religiosos de nuestra mente, porque no podía ménos de suceder así.

Eduardo, como buen marino, era buen astrónomo, y yo me deleitaba escuchando su clara explicación de los astros y constelaciones que forman el hemisferio austral.

Aquellas líneas imaginarias, pero precisas, que daban forma á la brillante *Cruz del Sur*, á *Unicornio*, al *Ave del Paraíso*, el *Orión*, la *Ballena*, el *Lobo*, el *Altar*, el *Navío*, etc., etc.

Un número infinito de mundos semejantes, en un espacio infinito también.

Siempre, eternamente el más allá, y la imaginación se ofusca, se debelita y se apaga.

Cual suelen cuando se eclipsan Y desfavoridos huyen,
Del cielo las luces bellas, Al ver perdida su enseña.
Lanzar téticos ahullidos Los españoles arrollan
Amedrentadas las fieras: Aquellas huestes inmensas
Clamor pavoroso alzan Como el huracán arrastra
Los indios y se dispersan Innumerables arenas.

IV

Conclusión.

Y era de noche, y la luna En sueños le presentó
Los cielos iluminaba, La gloria que le esperaba.
E iluminaba—aque! valle, Y soñó que nuevamente
Que ensangrentó la batalla. En la corte mexicana
Fatigados del combate, Penetraba vencedor
Los españoles descansan Por la fuerza de sus armas.
Sobre veinte mil cadáveres Soñó que Guatimozin,
De la hueste mexicana, De hinojo puesto á sus plantas,
Y en sus proyectos gloriosos El último emperador
Hernán-Cortés se embriaga, Piedad humilde imploraba.
Más la fatiga le rinde Y por tierra de los idolos
Y al sueño entrega su alma. Vió las mansiones nefandas,
Su frente herida reclina Y los cristianos altares
En el seno de su amada, Que en su lugar se elevaban.
Y vuelan sus pensamientos Y en su fe fortalecido
De su fantasía en alas, Al despuntar la mañana,
Y dicen que el Sumo Sér, Al frente de sus soldados
Para premiar su constancia Heróicos, siguió la marcha.

REVISTA MADRILEÑA

UN DIA EN ZARAGOZA.

Sr. Director de LA ESPAÑA ORIENTAL.



Estimado amigo y Director:
Un motivo puramente de familia, el recibir á la desventurada viuda de mi pobre hermano, y á sus tiernos hijos, me hizo ir, hace algunos días, á Barce-

lona, deteniéndome en Zaragoza. Permítame V., pues, Sr. Director, que sean asunto de esta carta mis impresiones de viaje, si las cree dignas del honor de ser publicadas en su ilustrada Revista. El viaje de la corte á dichas provincias en estos días, dará, quizás alguna oportunidad al presente artículo.

Salí de Madrid á las 7 y 40 (con 10 minutos de retraso), perdiendo de vista, al poco tiempo, las mil lucecitas que simulaban de lejos, fantástica procesión. El departamento donde me acomodé iba lleno de gente; pero los más de mis compañeros de viaje, se quedaron en Alcalá de Henares, una hora después de nuestra salida. Eché una ojeada y vi que iba en buena compañía; un sacerdote, canónigo de la Magistral complutense, y varias Hermanas de la Caridad.

Podía pues, ponerme enfermo y hasta morir tranquilo, seguro de que no habían de faltarme ni esmerada asistencia ni los auxilios espirituales. No faltó tampoco, algún *guasón* para distraer mi ánimo de los tristes pensamientos que asaltaban mi mente. Un señor, que parecía muy formal y serio, se entretuvo en darnos noticias de sensación, sin que afortunadamente, resultara cierta ninguna.

Nos dijo, con el mayor aplomo, que había muerto el Emperador de Alemania; que el general Martínez Campos se había estrellado en las calles de Madrid al desbocarse los caballos de su carruaje; y que, á consecuencia de desprendimientos ocurridos en un túnel, teníamos que hacer un trasbordo que nos obligaría á andar á pié, entre 12 y 1 de la noche, unos cuantos kilómetros.

El que se entretuvo en darnos estas *noticiones*, y el canónigo se quedaron en Alcalá; y en Guadalajara se nos unieron más Hermanas de la Caridad, cuyas negras tocas contrastaban con las blancas, de las que salieron con nosotros de Madrid.

En el coche de tercera de al lado iban unos solda-

VI

Como espresé ántes, reinaba á bordo el mayor contento, y sin duda estimulados por este grato efecto de los sentidos, improvisaron los artilleros una función dramática, en que todos los actores nos parecieron de primer orden. A buen hambre... etc.

Representaron lo que, yo no sé por qué, (ni he tratado de averiguarlo) representan siempre con preferencia todos los aficionados *Flor de un día*.

El aparato escénico y decoraciones no eran muy propios que digamos; pero estos defectos artísticos en medio del Océano, crearon después incidentes inesperados, que hacían más entretenido el conjunto.

Lola, papel que ejecutó maravillosamente el grumete que ya conocemos, parecía una monja novicia con ribetes de manola. Don Diego tuvo algo de tambor mayor, el Marqués expuso perfectamente los síntomas de la hidrofobia; los *convidados* salieron de uniforme, y en el escenario se contemplaban más *garruchas velas bacriles* y *calabrotes* que no cuadros, cortinas, sillones y candelabros; pero como todo consiste en la ilusión que quiera formarse el espectador, ésta fué perfectamente agradable.

En las dependencias de proa, quedó recuerdo por mucho tiempo de la comedia y de los comediantes.

La menor ocurrencia que se separa de la vida uniforme de á bordo, produce siempre el

caudaron, tuvieron el más digno destino. Aparte de un pequeño gasto de vino y *tabaco*, el resto fué para un pobre marinero que se había inutilizado para el trabajo en la *carga de Cádiz*.

!Qué resultado tan bello tuvo aquella farsa tan grotesca!

Todos los medios son buenos si conducen á tales fines.

Al que no quiso pagar, se le llevó ante el señor Neptuno, y éste le refrescó las ideas económicas con un buen cubazo de agua de mar, que no había más que pedir.

D. Primo fué cubeado.

V

El 10 de Mayo caminábamos con rumbo casi recto al Sur y en dirección de la isla de Santa Helena, punto donde debíamos detenernos también breve tiempo, según el capitán Navarro, que regía nuestros destinos.

Por entonces desaparecieron las calmas, y una ligera brisa imprimía á la fragata cuatro ó cinco millas de velocidad por hora, salvo error de la *corredera* (1).

Continuaba el tiempo siempre bonancible, sin llegar á sentir los tristes efectos de los tormentas y temporales, tan propios de la zona que recorriamos.

—No hay que hacerse ilusiones: en el Cabo

(1) Instrumento para medir la velocidad de la marcha.

dos para Manila, más alegres que las Pascuas. ¡Sabe Dios las impresiones que les esperarán á sus familias, si, como tantos otros, no vuelven á la madre patria!

En Calatayud ¡cincos minutos de parada y fonda. Excuso decir que sólo hay tiempo para tomar los renombrados bizcochos y comerlos luego tranquilamente por el camino, si hay quien tenga estómago para este alimento á las tres de la mañana.

Disfruté luego de dos espectáculos que sólo ven de ordinario, los que madrugan mucho ó los muy trasnochados: vi amanecer á las cuatro, en Morata; y salir el sol á las cinco, en Plasencia.

En Casetas se fueron parte de las monjas que iban, por lo visto á Pamplona, siguiendo las demás hasta Barcelona.

He apuntado una estación que no está en la guía; la inmediata á Zaragoza, que se llama *Uteba-manzaburda*, nombre muy bonito como podrán apreciar los lectores.

Llegué por fin á Zaragoza, á las seis y cinco minutos de la mañana, encontrando enseguida amable *cicerone* que no me dejó un momento durante mi estancia en la heroica ciudad.

Al entrar en Zaragoza experimenté ese sentimiento de trémula reverencia que tan gráficamente describe Amicis en sus *Viajes por España* cuando habla de aquellas calles, aquellas plazas, aquellas casas á que dieron fama luchas desesperadas y matanzas horribles, retratadas por tantos pintores cantadas por tantos poetas y soñadas tantas veces antes de verlas.

El aspecto de las calles de Zaragoza no es tan severo y triste como lo describe el eminente escritor italiano. Además del Coso—ancha calle que atraviesa buena parte de la ciudad describiendo un arco y que fué famosa por las corridas, justas y torneos que se celebraban allí antiguamente en las fiestas públicas—además, digo, de esta calle hermosa y alegre, merecen citarse las de Jaime I y Alfonso Batallador (esta última alumbrada de noche con luz eléctrica), las plazas del Pilar y de la Constitución; y sobre todo, el paseo de Santa Engracia, de la Independencia ó de Pignatelli que con estos tres nombres se le conoce y que algunos comparan con la célebre Rambla de Barcelona.

En el Coso se hallan el Casino y el Centro mercantil, lujosos establecimientos, que tienen también algo de Ateneo por sus numerosos periódicos y Revistas y sus bien surtidas Bibliotecas. También se encuentra en esta calle la Audiencia, severo edificio, notable, como casi todos los de Zaragoza por el artesonado de sus techos.

Al final del Coso se halla el mercado, aseado y limpio como pocos y alegre cual ninguno, no pareciéndose en nada á esos grandes jaulones de hierro que tenemos en Madrid en la plaza de la Cebada ó en la de los Montenses, sino que todos los puestos están al aire libre, completamente descubiertos y se recojen cuando pasan las horas de la mañana.

Me asomé luego á las orillas, tan alegres y pintorescos del Ebro, río que, con la Huerva, el Gallego y el Jalón, fertilizan la hermosa campiña zaragozana.

Recorrí varias calles admirando la elegancia de sus comercios, llamándome sobre todo la atención, las joyerías y tiendas de muebles.

Llegué, por fin, al *Pilar*; y para referir las impresiones que en él sentí, necesitaría no una sino muchas y extensas cartas y ni aun así podrían los lectores formarse idea de este templo tan inexplicable y originalísimo, que no puede uno comprender ni figurarse, hasta que lo ha visto.

La primera piedra de Nuestra Señora del Pilar fué puesta en 1686, en el lugar donde estaba la capilla obrada por Santiago para depositar la imagen milagrosa de la Virgen, que se conserva allí todavía. Es un edificio inmenso, rectangular, coronado por seis medias naranjas y cuatro torres y cubierto de tejas de color amarillo y verde, que le dan un aspecto alegre animado y gracioso. Igual alegría se respira en el interior del templo, dividido en tres naves rodeadas de ca-

pillas, bañado de torrentes de luz, con columnas blancas, celestes y doradas, con profusión de lujosos mármoles por todas partes: en el magnífico altar mayor, cuyo retablo es de un mérito sobresaliente, en las entradadas de las capillas, y, sobre todo, en el velo y columnas de la capilla del Pilar, que se levanta en medio de la Iglesia, en la nave central, después del coro, siendo, por tanto, lo primero que se vé al entrar en el templo por las puertas principales. Las bellas columnas de mármol de color á que me refería antes, graciosamente dispuestas en forma elíptica, sustentan una cúpula ricamente esculpida, abierta en la parte superior y adornada en torno de la abertura con atrevidas figuras de ángeles y santos. En medio está el altar mayor; á la derecha la imagen de Santiago; y á la izquierda, en el fondo, bajo techumbre de plata que brilla sobre amplio dosel de terciopelo cuajado de estrellas, entre el resplandor de millares de votos y ofrendas, á la luz de innumerables lámparas y velas, siempre encendidas, se vé la veneranda imagen de la Virgen, puesta allí hace diez y nueve siglos por Santiago, esculpida en maderas ennegrecida por el tiempo, toda cubierta, excepto su cabeza y la del niño, con un lujoso traje carmesí cuajado de piedras preciosas.

A cualquier hora á que se vaya al santuario, se ven siempre por delante, entre las columnas, al rededor, á lo lejos, en el fondo de las naves en todos los lugares desde donde la vista puede llegar á la sagrada imagen, fieles de rodillas, prosternados con las manos en cruz, adorando á la Virgen.

La Seo, ó iglesia catedral de San Salvador, es un monumento antiquísimo, tanto que algunos quieren hacer remontar su construcción á la época romana y otros la creen mezquita árabe, de cuyo estilo es uno de los costados

Su aspecto, que es hermosísimo, no puede apreciarse de una ojeada por la falta de una puerta verdaderamente principal y de un punto de vista desde donde se abarque todo el conjunto. Se entra en el templo por un ángulo y no se pueden admirar sus bellezas, sino sucesivamente, detalle por detalle.

Interiormente, el edificio se compone de cinco naves formadas por cuatro órdenes de columnas góticas.

Cada capilla ofrece pormenores interesantes. La capilla Mayor está coronada por una cúpula gótica en forma de tiara y su retablo es uno de los más hermosos que se conocen, de mármol, estilo gótico puro y con gran riqueza de ornamentación. El coro es notable por su sillería primorosamente tallada.

El recinto exterior del mismo, al cual hay adosados algunos altares, está también espléndidamente decorado. El trascoro está adornado con estatuas de San Lorenzo y San Vicente y bajos relieves, cuyos asuntos son episodios de la vida de estos dos mártires. El centro del trascoro está ocupado por un altar formado de seis columnas de mármol negro, que rodean un crucifijo central. Una cúpula dorada corona esta columna, sobre la que se levanta la figura de Cristo resucitado.

Por último, son notable, en esta iglesia, como en el Pilar, todas las rejas y puertas de madera.

Entre los monumentos civiles, el edificio más curioso quizás de Zaragoza, por la rareza de su forma y de sus detalles de arquitectura, es la *Torre nueva* llamada, también *Torre inclinada*, á causa de su inclinación que la semeja á la célebre Torre de Pisa. Construida en 1304, en la pequeña plaza de San Felipe, para sostener el reloj de la ciudad, la torre Nueva está completamente aislada y mide 84 metros de altura por unos 1260 de ancho en su base, que el vulgo llama, gráficamente, el *miriñaque*. Se sube á ella por una escalera de 280 escalones. Su estilo recuerda tanto el gótico como el árabe, ofreciendo cada piso, un aspecto diferente.

Después de haber visto todos estos monumentos, que son en verdad, los más notables, fuí á la fonda á reparar mis fuerzas y darle al estómago su necesaria alimentación.

En la mesa no había mucha gente, pero sí animación bastante, pareciendo una torre de Babel, pues se hablaba, al mismo tiempo, español, francés y catalán. La conversación general versó sobre el siguiente tema: paralelo entre Zaragoza y Barcelona; y no necesito decir á que *tessitura* llevarían la cuestión los catalanes, tan intransigentes como siempre.

Estando aún en la mesa, se presentó mi amable *cicerone* y juntos reanudamos nuestra excursión, interesantísima por los sitios visitados y por la agradable conversación de mi acompañante.

Fuimos primero al *Ayuntamiento*, situado al Norte de la ciudad, en la plaza de la Seo, contiguo á la puerta del Angel y con vistas á la ribera derecha del río Ebro.

Desde su patio, á la izquierda, se entra al edificio de la *Lonja*, vasto salón cuadrilongo, dividido en tres naves á lo largo y cinco á lo ancho, formadas por veinte y cuatro elegantes columnas dóricas con capiteles jónicos, de los cuales arrancan 16 arcos que, desplegándose en todas direcciones y entrelazándose en la bóveda, prendidas por dorados rosetones, forman uno de aquellos estrellados techos tan comunes en el país y tan elegantes y ricos. A cada arco del muro corresponde una ventana semicircular, con su alfeizar platerescamente labrado, y por debajo de ellas corre á la altura de los capiteles, un friso con la fecha de la construcción (1551) en gruesos caracteres góticos.

Salimos luego á recorrer de nuevo las orillas del Ebro y aunque el sol se dejaba caer de plano y era la hora del mediodía, dí por bien empleado el calor que pasé por contemplar de cerca la célebre *Torre del Trovador*, desde donde, según cuenta la tradición, suspiraba por su amada Leonor el desgraciado Manríque, preso allí por su rival el Conde de Luna. Al mirarla no puedo menos de consagrar un recuerdo al eminente García Gutiérrez que hizo de esta tradición su primera obra, la que le abrió las puertas del Templo de la inmortalidad, y me acordé también, de la inspirada música de Verdi, con la que ha recorrido el drama español, todo el mundo civilizado.

Hablando de dramas y de música, ha llegado la ocasión de decir que Zaragoza tiene un magnífico teatro *Principal*, un cómodo coliseo *Pignatelli*, un elegante *Circo* y un bonito teatro de *Goya*, todos los cuales ví acompañado de mi inseparable *cicerone* y de sus amables empresarios.

Por no alargar demasiado esta carta, tendré que concluir la bruscamente sin dar cuenta de todo lo que ví en aquella memorable tarde, en la que llegué al *delirium tremen*, en cuanto á andar, moverse y no parar un momento.

Haré solo una especie de *índice* de mis impresiones, señalando las materias que debían ser objeto no de una carta, sino de un libro interesantísimo como todo lo que á Zaragoza se refiera.

De los cafés en que entré, sólo citaré el de *Ambos Mundos* situado en el paseo de Pignatelli: de las redacciones de periódicos, la de la *Derecha*, lujosamente decorada; de establecimientos de enseñanza, el magnífico que tienen los *Jesuitas* en el sitio mas alegre y sano de la población; y respecto á paseos, el de *Torreros*, por donde se va al *Canal Imperial*, sintiendo que la falta de tiempo me impidiera hacer la excursión en vapor, á *Casa Blanca*.

En cuanto á establecimientos de Beneficencia, recordaré el suntuoso *Hospital provincial* con su enfática inscripción *Domus infirmorum urbis et orbis*, por haber sido hospital general antes de que lo fuera solo de la provincia.

Por último, de fortificaciones citaré únicamente el célebre castillo de Aljajería, hoy cuartel situado en la parte más baja de la ciudad, cosa que con razón le extrañaba á Napoleon, no explicándose así la heroica resistencia de Zaragoza: y es que el Emperador no sabía que los pechos de los aragoneses son más fuertes que todos los castillos y que las murallas todas.

No concluiré esta carta sin decir que por la noche volví al Pilar donde oí cantar al pueblo dando vueltas

al rodador de la capilla del rosario, la salve y una porción de místicos cantares, y que estuve allí hasta que cerraron el templo (las 9 de la noche) experimentando las mismas y si cabe mayores sensaciones, que por la mañana mezcla confusa de impresiones artísticas y emoción religiosa.

MANUEL FERNÁNDEZ GINER.

Zaragoza, 2 Mayo, 1888.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

I

En el año 1810, cuando estaba más encarnizada la guerra de la independencia, una partida de franceses había logrado apoderarse de un convoy de víveres y dinero, muy necesario entonces á los españoles. También hicieron varios prisioneros, que conducían atados unos á otros por medio de una cuerda, con las manos sujetas á la espalda, como es costumbre hacer con los presidarios.

Era una hermosa tarde de otoño, que no prometía continuar del mismo modo; porque oscuros y apiñados nubarrones se divisaban á lo lejos, anunciando una recia tormenta. La tropa apresuraba el paso todo lo posible, cuando al volver un recodo del camino, hallaron á un pastorcillo de doce á catorce años, de aspecto miserable y enfermizo, que apagaba la su sed á la sazón, en un pequeño arroyo y que tenía á su cuidado una media docena de cabras.

En aquella época de vandalismo y desenfreno, los franceses se echaron encima del ganado que mataron y destrozaron para llevárselo con más prontitud y comodidad.

El muchachuelo lloraba asustado; pero no le hicieron daño, contentándose únicamente con echarlo al arroyo, de donde salió todo enlodado, huyendo con tal lijereza, que provocó la risa de aquellos bárbaros, que le silbaban estrepitosamente.

La noche se iba aproximando, y gruesas gotas de agua les obligaba á apresurar el paso, para ponerse á cubierto, llegando al pueblo más inmediato donde tenían que atravesar el bosque á orillas de un río, cuyas riberas llenas de espesos jarales, atenuaban todavía más la débil luz del crepúsculo, confundiéndolo casi con la oscuridad de la noche. Este sitio estaba ya reconocido por ellos y desfilaba la tropa con rapidez para salir cuanto antes de paraje tan peligroso, quedándose los prisioneros algo rezagados, por sérles imposible marchar con la misma velocidad. El último de la cuerda era el comandante de ingenieros D. Manuel Nuñez, que se había fugado de Portugal, donde se hallaba en la provincia de Tras-os-Montes á las órdenes del general Junot. Su sangre española se había encendido á vista de las desventuras de su patria, y no pudiendo permanecer espectador indiferente, en servicio del tirano, se vino á Galicia, donde se agregó á aquel convoy para llegar á la Coruña y ponerse á las órdenes del general Moore. Dicha ciudad se hallaba amenazada por los franceses, y pensaba aumentar el número de sus defensores.

Al pasar un sitio próximo á un retamar, vió Nuñez entreabrir el ramaje, apareciendo en él la cara del pastorcillo, que, con el dedo en los lábios, le recomendaba el silencio, al paso que le hacía señas para que se acercase más: hízolo, sintiendo al mismo tiempo que el muchacho cortaba rápidamente las ligaduras que sujetaban sus manos, y dejando una navaja en ellas, desapareció velozmente, no sin haber murmurado antes en su oído la palabra *¡alerta!*, que lo llenó de tanta confusión como esperanza.

Era imposible evadirse hasta que entrase más la noche; pero hay una virtud sublime en el corazón del militar, y esta es la abnegación y la total carencia de egoísmo. Nuñez tal vez podría huir, ¿pero y los demás?

Decidióse á proseguir con las manos atrás, como si

siguiere atado, empuñando estrechamente la preciosa navaja; cuando al salir la columna del bosque resonaron tiros y gritos de guerra. La mágica invocación española "Santiago" "Viva España", resonó en sus oídos. No quiso esperar más; cortó la cuerda que ligaba á sus compañeros de infortunio y aprovechando aquel momento de confusión, retrocedieron á la carrera al bosque, repitiendo el mismo grito de guerra y vadeando el río se incorporaron á los demás españoles que habían sorprendido á los franceses. Los enemigos, cuando vieron la fuga de los prisioneros y oyeron los gritos, se creyeron sorprendidos por su retaguardia entre dos fuegos y abriéndose paso por el frente, huyeron precipitadamente, abandonando las acemilas con el dinero y víveres robados, así como también las reses muertas.

Los españoles vivaquearon en una pequeña aldea, poniéndose en seguida á cubierto de la desécha borrásca que se les venía encima. Colocadas las avanzadas y gozosos con lo ocurrido, se dispusieron á hacer la cena, y el comandante Nuñez vió entonces calentándose á una hoguera, á unos cuarenta hombres, fuerza total de la partida libertadora; la que con su audacia, había hecho huir el grueso destacamento francés.

Allí estaba el desarrapado pastorcillo, hecho una sopa de agua y saltando como un loco junto á la lumbre. Nuñez se acercó á él, y le estrechó en sus brazos diciéndole:

—Dime tu nombre pequeño; eres tan atrevido como valiente. Siento que esos malditos al apresarme me hayan despojado de cuanto dinero llevaba, pero no olvidaré tu acción ni quedarás sin recompensa.

—Me llamo Juanillo, señor. Mi padre dice que soy muy chico para habérmelas con los franceses; pero yo hago lo que puedo.

Adelantóse entonces un gallardo joven vestido de campesino, aunque armado perfectamente, y enterado del arrojito de Juanillo, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Desde hoy cuento contigo como si fueras ya hombre. y sacando un bolsillo de seda verde, se lo entregó al muchacho diciéndole.

—Ahí tienes para comprar armas,—y volviéndose á Nuñez, dijo:—Esa es su mayor recompensa; es por lo menos la que merece.

El chico sin poderse contener, tiró al aire su sombrero, gritando con todas sus fuerzas:—¡Viva nuestro jefe! ¡Viva el señor Conde!

—Calla locuelo. ¿Te olvidas que no soy más que el señor Alberto?

Esta circunstancia fué motivo para que tanto Nuñez como el jefe guerrillero se dieran á conocer. Efectivamente, el último era hijo primogénito del Conde de R... que se hallaba vecindado en Granada; Alberto había nacido en aquella ciudad; pero desde allí pasó á Santander al lado de su abuelo materno que acababa de fallecer. Tomóse afición á la vida guerrillera y esto junto con otra causa, lo tenía en aquel país, apesar de las vivas instancias de su padre para que regresase á su lado.

Los dos nuevos amigos, pasaron parte de la noche hablando y convinieron salir juntos, al siguiente día con un buen refuerzo de voluntarios que escoltara y entregara el convoy tan felizmente rescatado.

Mucho se agradaron el uno al otro. Alberto era de los muchos españoles leales, mal avenidos con la invasión, y que, confiando en la santa causa de la Independencia nacional, había enarbolado nuestra bandera gloriosa, jurando vencer ó morir en la demanda. Era joven, de buena presencia, de un corazón fogoso y entusiasta y de un carácter tan firme y decidido, que hacía partícipes de su fé y creencias, á cuantos le rodeaban; habiendo llegado á reunir una fuerza considerable de voluntarios, que sin formar cuerpo militar, no era de los que menos daban que hacer á los franceses; porque se les hallaba en todas partes y en ninguna. Se reunían para la común defensa, y obteniendo el resultado, cada uno volvía á su casa, prontos ó empuñando otra vez las armas á la menor alarma ú orden, que sabían comunicarse con la celeridad del rayo.

A la mañana siguiente, emprendieron todos la marcha con felicidad, entregando el convoy al general Moore, á quien iba dirigido y el que por las noticias recibidas, lo juzgaba completamente perdido.

El bizarro general quiso retener á sus órdenes al bravo Conde con un mando honorífico á nombre del rey Fernando VII, pero Alberto se escusó con agradecimiento manifestando:

—Intereses sagrados que no puedo abandonar, me lo impiden á mi pesar, lo que no es óbice para que en todo lo que se halle á mi alcance, coadyuve con el mayor ardor al triunfo de la noble causa que defiendo.

No pudiendo el general decidirlo á obrar de otro modo, le despidió con las más vivas muestras de simpatía.

En medio de los gloriosos esfuerzos de los españoles, la falta de un general en jefe que diese impulso á las grandes masas, haciéndolas influir con acierto en la causa común, se notaba cada vez más. Los mejores militares hacían la guerra como jefes de columna. Esta circunstancia favorecía á los invasores, cuya instrucción, equipo y número eran muy superiores y fué el móvil de que muchos españoles de corazón prefiriesen las guerrillas, en las que no teniendo la disciplina de los cuerpos de línea, estaban seguros de alcanzar no pocas ventajas.

Este género de guerra heredada de los árabes, no tiene imitación en el resto de Europa. Partidas pequeñas divididas en centenares de hombres, y á veces menos, sin uniformes, armados de diversa manera, con caballos mal preparados, medio desnudos y llenos de miseria, eran vencedoras á veces de fuerzas respetables. Ejércitos de importancia se veían molestados por ellas, de los cuales interceptaban corréos, cojían espías, sorprendían convoyes y mataban destacamentos enteros; y no es fácil que hayan olvidado los franceses que este método tan terrible de guerrear, empañó el brillo de sus victorias, haciéndoles aparecer á cada instante como el juguete y ludibrio de algunos lugareños bisoños.

MIGUEL A. ESPINA.

(Se continuará)

LITERATURA JAPONESA

URASHIMA EL PESCADOR *

(Cuento.)

HACE mucho, mucho tiempo, vivía en la costa del mar del Japón un joven pescador llamado Urashima, muchacho bondadoso y diestro en el manejo de la caña y el anzuelo. Bueno; pues un día salió á pescar con su bote, pero en vez de cualquier pescado ¿qué pensaréis que cogió? Una gran tortuga, con su dura concha, y su graciosa y arrugada cara de viejo y su pequeña cola. Conviene ahora deciros algo que probablemente no sabréis, y es que las tortugas viven millares de años—por lo menos las tortugas japonesas.—Urashima se dijo á sí mismo:—"Un pescado me servirá para comer tan perfectamente como esta tortuga y hasta mejor: ¿para qué entonces matar este pobre bicho, é impedirle que goce de la vida novecientos ó mas años? No, no seré tan cruel. Estoy seguro de que mi madre no me alabaría por ello."—Y con estas palabras dejó á la tortuga que siguiera nuevamente su camino.

Después de esto, sucedió, que Urashima se quedó dormido en su bote,—porque era una de esas tardes calurosas de verano, en las cuales todo el mundo gusta de echar una siesta después de medio día. Durante su sueño,

* A la bondad de un ilustrado Jefe del Ejército, que nos honra con su amistad, debemos la traducción de este cuento japonés al castellano, el cual figura en una preciosa edición inglesa completamente típica que hemos podido ver y que ha llamado nuestra atención en alto grado, al cerciorarnos de la delicadeza de la impresión y dibujos en colores, ejecutado todo con verdadero gusto artístico.

El autor del libro es el Sr. B. H. Chamberlain.

salió de entre las olas una hermosa muchacha quien entró en el bote diciendo: 'Soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, edificado bajo las aguas. No era una tortuga lo que acabas de cojer, y poner en libertad tan bondadosamente. Era yo misma. Mi padre el Dios del mar me enviaba para saber si tú eras bueno ó malo. Sabemos ahora que eres un muchacho templado y bueno, que no gusta de cometer crueldades, y vengo á buscarte. Si quieres te casarás conmigo y viviremos dichosos por algunos miles de años en el Palacio del Dragón, debajo de las profundidades del mar azul.

En vista de esto. Urashima cogió un remo y otro la hija del Dios, y remaron, remaron, remaron hasta llegar al Palacio del Dragón, donde el Dios del mar gobernaba como Rey sobre todos los dragones, y las tortugas y los peces.

¡Dios mio, qué hermoso palacio era! Los muros de coral, los árboles con esmeraldas por hojas y rubíes por frutos, las escamas de los peces de plata, y las colas de los dragones de oro macizo. Todo formando las mas hermosas y deslumbradoras perspectivas que nunca hayáis visto, ni soñado juntas; figuraros así el palacio de la princesa. Y todo él pertenecía á Urashima ¿porque no? ¿Acaso no era éste, el yerno del dios del mar, el marido de la bella primera dragona?

Vivieron allí dichosos durante tres años, cuando diariamente por entre los hermosos árboles con hojas de esmeralda y fruta de rubíes, cierta mañana dijo Urashima á su mujer: "Soy muy dichoso aquí. Sin embargo quisiera dar una vuelta por casa y ver á mis padres y á mis hermanos. Déjame marchar por unos días, que yo volveré inmediatamente".—"No me gusta que te marches—contestó su mujer—tengo mucho miedo, porque me asusta la facilidad con que puede ocurrirte una desgracia. En fin, si quieres ir, no he de ponerte obstáculos. Solamente te aconsejo que lleses esta caja y que tengas mucho cuidado de no abrirla—Si la abres, nunca más podrás volver"

Urashima, prometió tener con la caja el mayor cuidado y no abrirla en ninguna circunstancia, y poniéndola dentro de su bote, remó, y remó hasta llegar al fin á su tierra.

¿Pero que había sucedido en su ausencia? ¿Dónde estaba la cabaña de su padre? ¿Y de la aldea en que él mismo acostumbraba á vivir? Las montañas se conservaban como siempre, pero los árboles que en otro tiempo las cubrieran, habian sido cortados El arroyuelo que corría pegado á la cabaña de su padre seguía corriendo; pero ninguna mujer lavaba ahora sus ropas allí.

Parecía imposible que todas las cosas hubieran cambiado tanto en el espacio de tres años. En esto acertaban á pasar dos hombres por la playa y Urashima se dirigió á ellos preguntándoles:—¿Pueden VV. decirme dónde está ahora la cabaña de Urashima que hace unos años se levantaba aquí?—¿Urashima?—le contestaron—Hombre pues si hace cuatrocientos años que se ahogó pescando—Sus padres y sus hermanos, y hasta los nietos se murieron hace mucho—Es una historia muy vieja. ¿Cómo puede V. preguntar por su cabaña?; se cayó á pedazos siglos ha."

Entonces y repentinamente se le ocurrió á Urashima que el palacio del dios del mar, debajo de las aguas, con sus muros de coral, y sus frutos de rubíes y sus dragones con cola de oro macizo, pertenecían á una tierra de hadas, y que allí probablemente cada día equivale á un año nuestro, por lo que los tres años que él calculaba haber pasado, significarían algunos siglos. Su visita no tenía pues objeto, no existiendo nada de los suyos, estando muertos y enterrados sus parientes y amigos, y habiendo desaparecido hasta su pueblo, Urashima se apresuró á volverse con su mujer la princesa Dragona, bajo los mares. ¿Pero cuál era el camino? No lo pudo encontrar, ni á nadie que le diera razón. Tal vez—pensó—dentro de la caja encontraré alguna seña.—Desobedeció pues la orden de no abrirla, ó puede que la olvidára—un loco muchacho como él

era. De cualquier modo que sea él abrió la caja—¿y que pensáis que salió de ella? Nada, sinó una nube blanca que se fué flotando hacia el mar. Urashima, gritó á la nube que se detuviera, corrió tras ella y por último se paró sollozando; porque recordó lo que su mujer le habia dicho—que si abría la caja, nunca volveria al Palacio del dios del mar—Pero no pudo ni sollozar, ni moverse. De pronto su cabello se volvió blanco como la nube, su cara se arrugó y sus espaldas se encorvaron como las de un viejo. Despues su aliento se cortó y cayó muerto en la orilla.

¡Pobre Urashima! murió por haber sido loco y desobediente. Si hubiera hecho lo que le habían mandado, habría vivido otros mil años ¿Os gustaría ir á ver el palacio del Dragón, debajo de las olas, donde el dios del mar vive y gobierna como Rey sobre los dragones, las tortugas y los peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por frutos, donde las escamas de los peces son plata y de oro macizo las colas de los dragones?...

MESA REVUELTA

ESTADISTICA CURIOSA.

Segun los escritos del malogrado arquitecto D. Felix M. Gomez, las distancias de los últimos casas de una población al cementerio, atendiendo á la higiene y á las conveniencias urbanas son:

Población de 300,000 habitantes.....	1026 metros
id. de 200,000.....	842
id. de 100,000.....	595
id. de 80,000.....	633
id. de 60,000.....	460
id. de 60,000.....	421

Manera de desinfectar una letrina—Se esparce por toda la boca, cloruro de cal para que las emanaciones no sofocuen al operario; se echa despues una disolución concentrada de sulfato de hierro, á razon de 5 kilogramos, por cada metro cúbico de capacidad de la letrina; se agita bien con un palo, esparciendo cloruro cuando sea necesario, y una vez bien mezclado el sulfato, se añaden 20 á 30 kilogramos segun la capacidad, de carbon ó de turba quemada, que absorbe los gases fétidos.

La desinfección es completa, y pueden sacarse y trasportarse las materias fecales como si fueran tierra.

Para quitar el mal olor de las letrinas, se echan en estas por cada 200 kilogramos de materias fecales, 11 1/2 kilogramos de carbon, y kilogramo de yeso y 1 kilogramo de caparrosa, todo en polvo, y mezclando; despues se agita bien con un palo, y el mal olor *desaparece*.

Cuando se limpian pozos ó se extrae el legamo ó cieno de los estanques y rios de poca corriente, para evitar los malos efectos del hidrógeno sulfurado que se desprende, se les añade una quinta parte de su volumen de cal viva, la cual neutraliza dicho gas y acelera la desecación de la masa.

Hemos recibido los dos ejemplares del Discurso leído en la apertura anual de los estudios de la Universidad, que nos ha remitido el Reverendísimo Rector de Sto. Tomás y el cual es autor el muy ilustrado y R. P. Fr. Prudencio Vidal de la misma orden.

Dámosle las más expresivas gracias por este importante trabajo digno por todos conceptos de tan respetable corporación.

Un Alcalde de vara en ristre, que perseguia á los gitanos y les profesaba verdadera ojeriza, mandó en cierta ocasión que encerraran en la carcel á uno, que se hallaba pacíficamente tomando el sol, en la plaza del Pueblo.

—Pero, Señor Arcarde, si no he jecho naa...

—Tio Mendrugo, á callar, que la autoridad sabe siempre lo que dispone.—

—Pero señor, porque?

—Porque?, porque todo gitano, es un delito andando.

Un embustero ignorante contaba en una ocasión que tantas tierras habia andado, que quizás no hubiera en el mundo un solo pueblo que no hubiera visto.

—¿Y ha estado usted en la cosmografía?, preguntó uno en son de burla.

—Estuvimos á la vista de ella, respondió el embustero, pero no nos atrevimos á entrar, porque dijeron que habia cólera.